

mento. Sabido esto por el gobernador de Buenos Aires, envió tropas (Agosto de 1680) que tomaron el fuerte, lo arrasaron e hicieron prisionera la guarnición. Esta victoria quedó sin efecto por el tratado provisional de 7 de Mayo de 1681, entre Portugal y España, que devolvió á los portugueses al territorio de Sacramento, aunque con prohibición de levantar en él obras de defensa, ni fundar en sus alrededores establecimiento alguno hasta que se decidiese de un modo definitivo la cuestión de límites. Felipe V, por el tratado de mutua alianza con Portugal, que se firmó en 18 de Junio de 1701, resolvió la cuestión, declarando (artículo 14) que cedía y renunciaba «todo y cualquier derecho que pueda tener en las tierras sobre que se hizo el tratado provisional... en 7 de Mayo de 1681, y en que se halla situada la colonia del Sacramento; el cual tratado quedará sin efecto, y el dominio de la dicha colonia y uso del campo á la corona de Portugal, como al presente lo tiene». La guerra de sucesión interrumpió los efectos de este tratado, dando motivo para que los españoles se apoderasen nuevamente de Sacramento; pero la paz de Utrecht puso por segunda vez la colonia en manos de los portugueses. No terminaron con esto las cuestiones. Suscitáronlas aquéllos pretendiendo apoderarse de Montevideo (1723), de donde fueron arrojados en 1724, y luego haciendo tan descarado contrabando, que el gobierno español se decidió á destruir la colonia; pero la intervención diplomática de varias potencias detuvo el golpe. Sin embargo, la necesidad de cortar aquel foco de defraudación mercantil era apremiante, y buscando la mejor manera de lograrlo, se llegó á una compensación pactada en el tratado de 31 de Enero de 1750, relativo á la fijación general de límites entre las posesiones españolas y portuguesas de América y de Asia. En él, Portugal cedió á España (artículo 13) «la colonia del Sacramento y todo su territorio adyacente á ella en la margen septentrional del río de la Plata... como, también, la navegación del mismo río», y otros territorios (artículo 14); y España cedía en cambio «todos y cualesquiera pueblos y establecimientos que se hayan hecho... en el ángulo de tierras comprendido entre la ribera septentrional del río Ibicuí y la oriental del Uruguay, y los que se puedan haber fundado en la margen oriental del río Pepirí

y el pueblo de Santa Rosa y otros cualesquiera que se puedan haber establecido por parte de España en la ribera occidental del río Guaporé». Parte de los terrenos cedidos por España eran de las misiones del Paraguay (§ 704), á saber: los pueblos de San Juan, San Miguel, San Lorenzo, San Luis, San Nicolás, El Angel y San Borja, habitados por indios guaranis ó tapes orientales. Respecto de ellos, disponía el tratado (artículo 16) que «saldrán los misioneros con los muebles y efectos, llevándose consigo á los indios para poblarlos en otras tierras de España, y los referidos indios podrán llevar también todos sus bienes muebles y semovientes y las armas, pólvora y municiones que tengan». El tratado tuvo desde un principio sus contradictores, de los cuales fué el principal, en España, como ya vimos (§ 787), el marqués de la Ensenada, quien avisó de él al rey de Nápoles, Carlos, presunto heredero de la corona, el cual, desde luego, hizo gestiones empeñadas para que no se cumpliese. No menor dificultad con que se tropezó para la ejecución del tratado, fué (como también hemos dicho antes: § 787) la negativa de los guaranis, movidos por los misioneros, enemigos de la cesión y que contra ella elevaron memoriales y peticiones en que alegaban lo perjudicial que era dar á los portugueses aquellas localidades colonizadas por la Compañía. Inútil fué que, preventivamente, el General de la Orden escribiese al Provincial del Paraguay para que procurase inclinar los ánimos de los indios, «á que sin la menor resistencia se mudasen»; inútil que el mismo General enviase, para el mismo objeto y con plenos poderes, al P. Luis Altamirano, pues los indios—respecto de los cuales decían los misioneros haber perdido toda autoridad y serles imposible el convencerlos—amenazaron al propio Altamirano, que tuvo que huir, y se dispusieron á rechazar con las armas á los comisionados de España y Portugal. En el entretanto, los misioneros multiplicaban sus memoriales y trataban de interesar en contra del tratado á todas las personas de significación, lográndolo, incluso del confesor del rey, P. Rábago, que en un principio había aprobado la cesión y que luego les apoyó en su resistencia. Así consta en una carta dirigida á aquél por el P. Altamirano en 22 de Julio de 1753; como la decidida oposición de los

misioneros, «aunque lluevan órdenes, preceptos y aun excomuniones», consta en otra carta del Provincial del Paraguay (22 de Agosto de 1753), no obstante que los Padres habían decidido para no parecer rebeldes al rey, salir de los pueblos y renunciar á ellos. Los guaranis persistieron en su oposición y fue preciso reducirlos por las armas, cosa que se consiguió en 1756. Tras de su derrota, los indios abandonaron aquellas localidades, no sin quemar algunos pueblos, circunstancia que alegraron los portugueses para declarar no cumplido el tratado y negarse á entregar Sacramento, aunque tampoco se retiraban de las misiones. Un nuevo tratado de 12 de Febrero de 1761, en que Carlos III anuló el de 1750, no hizo desaparecer el conflicto, dado que los portugueses siguieron en una y otra región. De aquí las campañas referidas de 1762 y otros años (§ 784), para apoderarse los españoles de Sacramento.

La última guerra con Inglaterra dió lugar á un episodio importante, de que fué teatro la región del Plata. A fines de 1805, los ingleses enviaron á las costas del Brasil una escuadra poderosa, cuyo primer objeto era atacar la colonia holandesa del Cabo (S. de Africa.) Noticioso de la proximidad de estas fuerzas, el virrey de Buenos Aires, Sobremonte, recelando algún ataque á Montevideo, envió allí fuerzas, desguarneciendo la capital; pero los ingleses, á la vuelta del Cabo, se dirigieron contra esta (Junio de 1806), tomándola con gran facilidad. Sobremonte la había abandonado, retirándose á un pueblo del interior (Luján). Pero si el virrey no acertaba, ni se atrevía, á luchar contra los invasores, los vecinos de Buenos Aires, que no se resignaban á la dominación extranjera, organizaron conspiraciones para sublevar el país. Les faltaba un hombre de condiciones militares, y éste se les presentó á poco en la persona del oficial de marina Don Santiago Liniers, francés de origen y al servicio de España desde 1775. Liniers era, á la sazón, comandante de la flotilla que defendía la costa del virreinato. Pretextando una visita á su familia, residente en la capital, entró en Buenos Aires y se puso al habla con los conspiradores. De esta inteligencia nació su decisión de marchar á Montevideo y reclamar el auxilio del gobernador de esta plaza, Don Pascual Ruiz Huidobro, y de sus tropas, para reconquis-

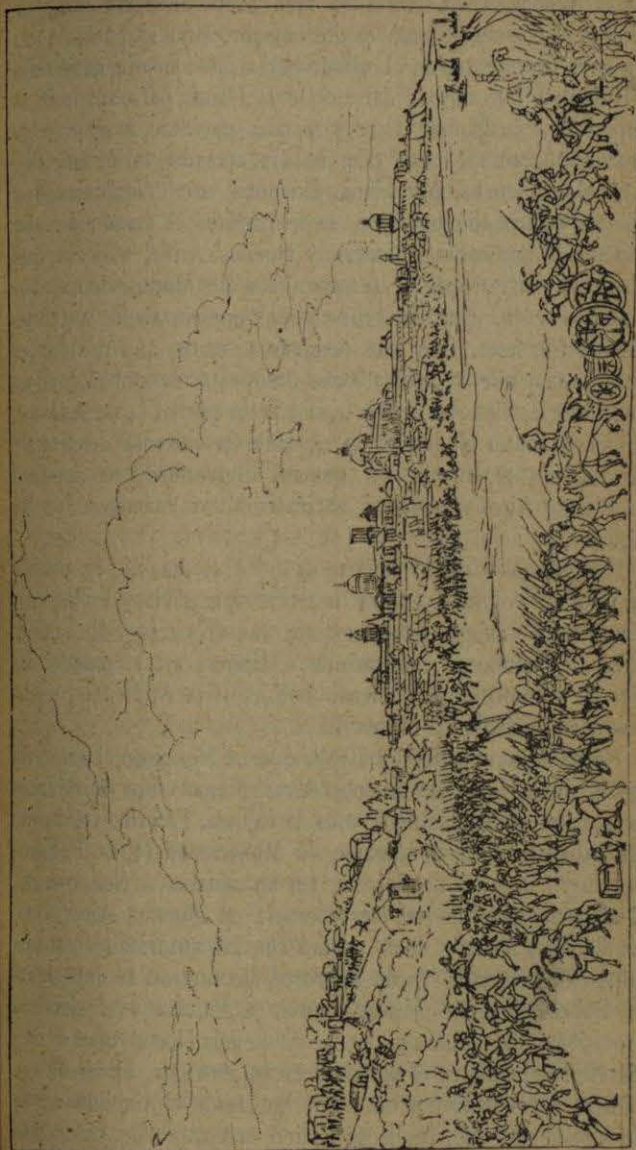


Fig. 26. — Reconquista de Buenos Aires. (Estampa de la época).

tar á Buenos Aires. Encontró bien preparadas las cosas en Montevideo, pues no sólo el gobernador, sino el pueblo todo (en cuya representación el cabildo había, *motu proprio*, nombrado á Huidobro jefe militar del río de la Plata, para sustituir al imperito y pusilánime virrey), estaba decidido á emprender una acción militar, cuyo plan habían trazado varios oficiales españoles (Concha, Michelena, Córdoba, etc.) Comunicado á Liniers y aprobado por éste, se le confirió el mando de una expedición que había de atacar á Buenos Aires, y de la que formaban parte tropas de la guarnición de Montevideo, y voluntarios, entre éstos un grupo de miñones catalanes y 73 marineros franceses. Con este pequeño ejército, que fué engrandándose con nuevas aportaciones desde que desembarcó en el puerto de las Conchas, á seis leguas de la capital (4 de Agosto), Liniers atacó la ciudad y, no obstante la valerosa defensa de los ingleses al mando del general Berresford, se apoderó de Buenos Aires y obligó á capitular á los enemigos (12 de Agosto).

Reunido el Cabildo abierto (§ 696) el día 14, el pueblo impuso su voluntad é hizo nombrar jefe civil y militar del virreinato á Liniers; nombramiento que el virrey Sobremonte hubo de reconocer, confirmando á Liniers en el mando del ejército y confiando el gobierno político á la Audiencia, mientras él se trasladaba á Montevideo.

No había terminado con esto la guerra. Noticioso el gobierno inglés de la toma de Buenos Aires, preparó una formidable expedición para conquistar toda la colonia. El primer éxito de esa expedición fué apoderarse de Montevideo (3 de Febrero de 1807), después de derrotar en las afueras á Sobremonte. Este hecho produjo tal efervescencia en Buenos Aires, que reunidos los notables de la ciudad con las autoridades en una junta extraordinaria (10 de Febrero), decretaron la deposición de Sobremonte, su prisión y envío á España y el ejercicio provisional del gobierno por la Audiencia, hasta que el rey dictase resolución en el asunto; aunque, en rigor, el virrey era Liniers, reconocido por tal, de hecho, desde el Cabildo de 14 de Agosto de 1806. Dedicóse Liniers con gran afán, secundado en todos sus planes por el Ayuntamiento y el vecindario,

poner la ciudad en condiciones de defensa y á instruir y aguarrrir á los paisanos, españoles, criollos, negros, mulatos é indios, con los que formó varios batallones.

El ataque de los ingleses no se hizo esperar, después de haber fracasado una expedición de socorro á Montevideo, dirigida por el coronel español Elio. Las tropas inglesas, al mando del general Whitloke y en número de 10,000 hombres, se presentaron frente á Buenos Aires en fin de Junio. Derrotado en un principio Liniers en las afueras (en parte, por no haber querido acudir adonde se le mandaba, el coronel Elio), el vecindario no se amilanó por esto, y dirigido por el alcalde Don Martín Alzaga, se preparó á una enérgica resistencia, á cuyo frente estuvo también Liniers, que entró en la ciudad nuevamente. El éxito coronó tales esfuerzos, pues los ingleses fueron totalmente derrotados y hubieron de rendirse (6 de Julio), con la promesa de evacuar todo lo conquistado en el Plata, en el término de dos meses: cosa que cumplieron.

Liniers fué confirmado por el monarca español en el cargo de virrey que el pueblo le había conferido; y en esta situación, le sorprendieron los sucesos de Bayona y del 2 de Mayo en Madrid (§ 794), que habían de originar consecuencias trascendentalísimas en las colonias americanas.

Por último, en Filipinas hubo, desde comienzos del siglo XVIII, repetidos ataques de los moros de Mindanao, Joló y Borneo, ataques que, suspendidos en 1726 por un tratado de paz, se reanudaron bien pronto, ocasionando complicaciones (1731-35) con los holandeses, quienes intervinieron en la contienda entre Malinog, padre del rey de Joló, y el sultán Diafar, á quien apoyaban los españoles.

Es digna también de recordarse las embajadas que el gobernador de Filipinas envió al rey de Siam y al de Tonkin, en 1719, las cuales produjeron sendos tratados de amistad y comercio y cesión de tierras para establecer factorías que facilitasen el comercio.

796. Las sublevaciones y conspiraciones políticas en América.—Juntamente con las mencionadas cuestiones internacionales, que llevaron la guerra á las colonias españolas, produjéronse en éstas otros hechos de perturbación interior,

no exentos de gravedad en sí mismos, pero más graves aún algunos de ellos, por el hervor de ideas que significaban. Consistieron tales hechos en una serie de sublevaciones de diferente carácter, producidas en casi todos los territorios del continente, y que ya habían tenido precedentes varios en los siglos anteriores. Pueden clasificarse las sublevaciones americanas del siglo XVIII y comienzos del XIX (hasta 1808), en dos grupos: uno, que comprende las promovidas por simple ambición del mando en algunos sujetos, pero sin espíritu separatista, y las que tuvieron por móvil protestar contra ciertos actos de los gobernadores y de las Compañías, ó contra la imposición de algunos tributos; otro, formado por las que tuvieron evidente propósito de independencia.

La más antigua del primer grupo, fué la de los llamados *comuneros* (en recuerdo de los de Castilla) del Paraguay, ocurrida en 1721. Promoviola un juez pesquisidor, Don José de Antequera, enviado allá por la Audiencia de Charcas, y que se alzó con el gobierno, negándose á entregarlo, á pretexto de que todas las órdenes que para esto se le presentaban eran falsas. La rebelión duró algunos años, hasta que, preso Antequera, fué ejecutado en Julio de 1731; pero no desapareció con esto la situación anárquica del país, á cuya represión energética contestaron los partidarios de Antequera con nuevo alzamiento y asesinato del gobernador. Pacificado el país en 1733, todavía en 1741 fué ahogada en sangre otra conspiración en que figuraban algunos frailes. También por entonces (1724) las ciudades de Salta y Jujuy se amotinaron contra el gobernador Ortiz de Oro, á quien hicieron huir. En tiempo del virrey del Perú Don Juan Antonio de Mendoza († en 1745), se sublevaron los indios de las misiones de Chanchamayo, asesinando á varios religiosos. En 1749 ocurrió en Venezuela un levantamiento contra los abusos de la Compañía guipuzcoana, que capitaneó el capitán Don Juan Francisco de León, y que se reprodujo en 1751, terminando con la sumisión y proceso de León, quien no tuvo propósito alguno de independencia. En 1752 se sublevaron las milicias de Rioja y Catamarca contra la obligación periódica del servicio militar, y en 1754 las ciudades de San Miguel del Tucumán, Catamarca y Rioja

contra su gobernador Martínez Tineo. En 1755 hubo en Quito sublevación de indígenas, por motivo de impuestos; fué pronto sofocada por mediación del obispo y amnistía. En 1767, nuevo alzamiento de Salta y Jujuy contra el gobernador Campero. En Méjico ocurrieron (aparte los motines por la expulsión de los jesuitas, de que se hablará á su debido tiempo) una importante sublevación en Guanajuato, para protestar de las reformas administrativas del visitador Gálvez (§ 811) y especialmente de las financieras (nuevos impuestos, estanco del tabaco, etc.); otra, de los mineros de Pachuca contra el dueño de las minas, Don Pedro Terrero, en la misma época, y dos de indios, en Izúcar (1781) y en Yucatán (1765), esta última sólo vencida a costa de mucha sangre. De ella fué promovedor un panadero llamado Jacinto Canek, que llegó á ser proclamado rey de los mayas. Canek excitó á los indios predicándoles contra los impuestos, contra el rigor de los tribunales de justicia y contra el abandono en que los tenía el clero.

En el segundo grupo de sublevaciones, mucho más importante que el primero, figuran las siguientes: En 1742, la de los indios chunchos (Perú). En 1748 se repitió el hecho en las provincias de Cauta y Huarochirí (Perú), con la connivencia de varias tribus de indios y de los esclavos negros, y con intento de arrojar á los españoles y restaurar el imperio Inca. Aunque fueron ahorcados seis de los principales agitadores, otro consiguió sublevar la provincia de Huarochirí, donde asesinó al teniente general, al corregidor y á otras personas, y causó daños, hasta que fué rendido por la fuerza de las armas. Suma gravedad tuvo al alzamiento que en los años 1780-81 se produjo en los territorios del virreinato del Perú y en el de Buenos Aires. En el Perú, y después de varios intentos y de tumultos ocurridos en los años anteriores en Chuco, Sisaticá, Pacages, Chunivilcas, Urubamba, el Cuzco y otros puntos, la preparó y dirigió un descendiente de los incas, llamado José Gabriel Condorcanqui, cacique de Tungasuca, en la provincia de Tinta, quien, tomando el nombre de su antecesor Tupac-Amaru, se presentó como libertador de los indios y mestizos, siempre excitados, aquéllos, por las vejaciones que sufrían de los colonos, no obstante las repetidas leyes

protectoras y los esfuerzos de los virreyes. Mucho trabajo y sangre costó vencer esta sublevación, que durante algún tiempo fué dueña de la provincia citada y del Cuzco, cuya capital estuvo sitiada por los indios y en peligro de caer en sus manos. Tupac-Amaru y seis cabecillas más fueron ajusticiados el 18 de Mayo de 1781; pero un hermano suyo y otros parciales, entre ellos los hermanos Catasí, continuaron la guerra, principalmente en las provincias del Cuzco y La Paz (Bolivia), siendo preciso que de Buenos Aires se enviasen tropas al alto Perú, las cuales, en combinación con otras peruanas, lograron, no sin gran esfuerzo, vencer y sujetar á los diferentes cabecillas que pululaban por aquellos territorios y que, entre otros hechos de armas sitiaron por dos veces La Paz. Hasta bien entrado el año 1782, no quedó definitivamente dominada la sublevación, que aun trató de renovar, pero sin éxito, en Junio de 1783, un pariente de Tupac-Amaru. Por aquellos años se produjo también en Nueva Granada (Colombia) una sublevación de mestizos, que tomaron el nombre de *comuneros* (como los del Paraguay). Créese que pudo haberla incitado el sentido liberal del virrey Don Manuel Antonio Flórez. No estalló, sin embargo, durante el mando de éste. Llamado Flórez á España, el rigor del comisario regio, Piñeres, que le sustituyó, y el descontento por los tributos, hizo que se sublevase el pueblo de Socorro, el 10 de Marzo de 1781, y que, propagado el movimiento, cerca de 2,000 amotinados se dirigieron contra Santa Fe de Bogotá, cuyas autoridades capitularon, decretando una amnistía y la abolición de los impuestos. Mas apenas llegaron tropas suficientes para la represión, se revocaron las concesiones y fueron condenados á muerte y ejecutados los jefes comuneros José Antonio Galán, Lorenzo Alcantuy, Isidro Molina y Manuel Ortiz.

En el año 1780 se descubrió en Santiago de Chile una conspiración de tanta gravedad como la de Perú, porque también se proponía hacer independiente el país de la dominación española. Eran sus directores dos franceses, Antonio Gramusset y Antonio Berney, á quienes se prendió y remitió á España con gran sigilo, para que no trascendiese al público el hecho. Sin embargo, los franceses tenían cómplices en los cri-

llos y mestizos de Chile, entre los cuales figuraba un Don José Antonio Rojas, hombre de posición, muy imbuído de las ideas enciclopedistas y aficionado á los estudios de física experimental.

En Méjico ocurrieron varios alzamientos: el de los indios de las zonas limítrofes del N., Chihuahua y Sonora, en tiempos del gobernador Bucareli (1777-79), movidos aquéllos, y clandestinamente armados, por los ingleses; y el del indio Mariano, que en 1802 se alzó en la sierra de Tepic con propósito de restaurar la monarquía de Motecuhzoma, sedición prontamente sofocada. Hubo también una conspiración que fué descubierta antes de que produjese sus efectos (Noviembre de 1799). La urdieron Don Pedro de la Portilla y otras varias personas, en la misma ciudad de Méjico, y aspiraba á proclamar la independencia del país y declarar la guerra á España: propósitos ciertamente platonicos para gentes que no lograron reunir más medios que mil pesos, dos armas de fuego y cincuenta sables de los llamados machetes. El virrey no concedió importancia al hecho; pero tuvo en prisión á los conspiradores durante varios años. En Colombia se predicaron, en los últimos años del siglo XVIII, doctrinas separatistas, siendo sus principales propagandistas Antonio Nacarino y Francisco Zea. El virrey procuró contener la propaganda prendiendo á los principales comprometidos en ella, algunos de los cuales fueron deportados á la Península.

En Venezuela hubo intentonas parecidas. La primera de ellas, en 1797, estuvo dirigida por el capitán retirado del batallón veterano de Caracas, Don Manuel Gual, y el justicia mayor de Macuto, Don José María España, y es verosímil que en ella estuviesen comprometidos los republicanos españoles Picornell, Cortés y Andrés, desterrados de la Península en 1796 (§ 803) y fugados de las prisiones de la Guaira, en 4 de Junio del siguiente año. Contaban Gual y España con algunos criollos y mestizos y con algunas tropas, y se proponían proclamar la República en Venezuela. Descubierta la conspiración, fueron procesadas 89 personas, entre ellas, dos frailes franciscanos. Picornell y Cortés pudieron huir á la isla de Curaçao. España fué decapitado y descuartizado. Del proceso

resulta que el germen de aquella intentona estaba en la propaganda de las ideas de los revolucionarios franceses y en las excitaciones del gobernador inglés de Trinidad. En Mayo de 1799 hubo otro amago en Maracaibo, que fracasó también. Por aquel entonces, ya se preparaba para un proyecto de mayor consideración el caraceño Don Francisco de Miranda, que sirvió en el ejército español y había viajado mucho por el extranjero. En 1790 ya negociaba Miranda con el ministro inglés Pitt, auxilios para organizar una expedición, y le presentaba un proyecto de Constitución política conforme al que se había de regir el Estado independiente que se creara con los territorios de la América del Sur (excepto Brasil y la Guayana) y Cuba. Quince años más tarde, logró los auxilios pedidos, que completó en los Estados Unidos de Norte América. La expedición fracasó antes de desembarcar en tierra venezolana (Abril de 1806). Lo mismo ocurrió con la segunda, dirigida por el propio Miranda, en Agosto del año citado. En ningún éxito de estas conspiraciones se debió principalmente á la indiferencia de la población colonial, sobre todo de los llamados pardos, y á la oposición de la aristocracia y alta burguesía criollas, que por entonces aun apoyaban al gobierno español y que repugnaban el auxilio extranjero, del que recibían que sólo había de traer un cambio de metrópoli.

Por su parte, los franceses también hicieron gestiones para promover en América una sublevación general. Así lo intentó la Asamblea Nacional, según comunicó en Septiembre de 1783 al conde de Floridablanca, nuestro embajador de París el conde de Fernán-Núñez. Había asegurado á éste «una persona de confianza» que «algunos individuos de la Asamblea Nacional, y entre ellos uno llamado Mr. Cotein, que (*sic*) se ha propuesto hacer introducir en América un Manifiesto sedicioso, para suscitar aquellos habitantes por todos los medios que puede dar de sí una seducción persuasiva, á sacudir el yugo de la dominación Española, siguiendo el ejemplo que le da la Francia». No consta que esa propaganda causase ningún efecto externo por entonces. Napoleón reanudó la campaña separatista, enviando á América emisarios que, en unión de los americanos del Norte, contribuyeron poderosamente á formar el estado de

opinión que poco después había de producir el movimiento decisivo de Independencia. La Luisiana fué uno de los grandes centros de conspiración, que irradiaba principalmente en Méjico.

Por último, en Filipinas hubo también algunas sublevaciones de los indígenas: en Malaveg y Ticao (Cagayán) y en Ilo-Ilo (1718).

